

dor, llevaba con estrago sus armas hasta las puertas de la celebrada Almería, sembrando la destrucción y el pánico por todas partes, sin encontrar á su paso resistencia (1). Ni era dable que la opusieran estremecidos los musulimes, en aquellas circunstancias, ni el caudillo de los almoravides Aben-Ganía intentó siquiera dificultar el feliz regreso del emperador á sus estados, luego de recorrer devastador las fértiles comarcas del Segura. «La rapidez con que se sucedían tales expediciones, que consumían las riquezas de los musulimes andaluces, ya muy mermadas por las vejaciones de los almoravides, impotentes para defenderlos, apurando toda razón al sufrimiento de aquellos infieles, movióles á adoptar una resolución desesperada.» «Reunidos los antiguos pobladores árabes en aljamas, plazas y moradas particulares, trataron abiertamente de echar de España á los almoravides, no sin tentar de antemano ganar la amistad del emperador, á quien ofrecieron de nuevo los tributos pagados por sus mayores» (2).

(1) Refiriendo la *Chronica Adefhonsi Imperatoris* esta gloriosa expedición, se expresa en los siguientes términos: «Cum autem circulus anni volveretur, hoc est, in Era MCLXXXII in mense Septembris, omnes Comites, Principes, et Duces Imperatoris, unusquisque cum sua propria militia, schola regalis, et omnes Alcaldes, milites et pedites de tota Extremadura, omnes venerunt Toletum. Post haec Imperator movit exercitum suum, et misit ante faciem suam magnas algaras in omnes regiones Cordubae, et Carmonae et Sibilliae et Granatae, quae dextruxerunt omnem terram Baezae et Ubetae, totamque Campaniam Cordubae et Sibilliae et pervenerunt ad fines Almariae: dextruxeruntque omnes vineas, et oliveta, et ficulneas, et omnia pomaria, inciderunt, et combusserunt igne, et dederunt ignem in Civitatibus eorum, et in villis, et in viculis; et multa Castella eorum flamma combusserunt, coeperuntque viros, et mulieres, et parvulos eorum, et magnam praedam equorum et equarum, et camellorum, et mulorum, et asinorum, boum, et vaccarum, et omnia pecora, aurum et argentum, et omnia pretiosa quae in domibus eorum erant, et cuncta suppellectilia, et quidquid habere poterant: et adduxerunt omnia supradicta ad Imperatorem in castris in terra Granatae: et destructa est omnis Regio Agarenorum ab Almaria usque in Calatravam; nec remanserunt nisi paucae fortissimae Civitates et oppida fortissima. Post haec Imperator, et omnis exercitus ejus reversus est Toletum, portantes secum copiosas divitias, et cum magna victoria et pace» (cap. 88. — *Esp. Sagr.*, t. XXI, pág. 392). Aunque haya exageración en el relato, puede por él no obstante comprenderse la importancia que para las comarcas que cruzó Alfonso VII tuvo esta expedición que apenas mencionan los historiadores.

(2) FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ (Francisco), *Estado social y político de los mudejares de Castilla*, pág. 70.

Difícil por todo extremo y sobre manera arduo, es para el historiador ciertamente el empeño de penetrar por entre el confuso y revuelto período que durante los días del último de los descendientes del terrible Yusuf-ben-Taxufín, el apocado Isahak-ben-Alí-ben-Yusuf, se abre tenebroso é incierto en Al-Andáalus, para sorprender el desarrollo que alcanza en su reacción el partido de los musulmanes españoles, que parecía en realidad completamente destruído, en pos del total aniquilamiento de los régulos de Táifa. Y si esto acontece con relación al referido período en general, puede comprenderse cuánto más insuperables habrán de ser los inconvenientes que ofrece el estudio de la historia de Murcia y de Albacete en tales días, aun conocida la situación en que respecto de los almoravides se hallaban los musulimes de Al-Andáalus. Las felices correrías de Alfonso I de Aragón, quien en 1126 llegaba hasta Málaga, después de haber asediado cual se pretende á Alcaráz; la verificada hasta Almería por su entenado Alfonso VII de Castilla; los progresos en fin de la Reconquista, evidente prueba eran para los musulmanes españoles de que sus opresores los almoravides, quebrantado profundamente por los sectarios del Mahdí su poderío en África, eran incapaces para protegerlos contra los cristianos, expuestos campos, poblaciones y ciudades uno y otro día á la terrible saña de aquellos tenaces enemigos, para ellos preferibles no obstante á los feroces é insaciables africanos.

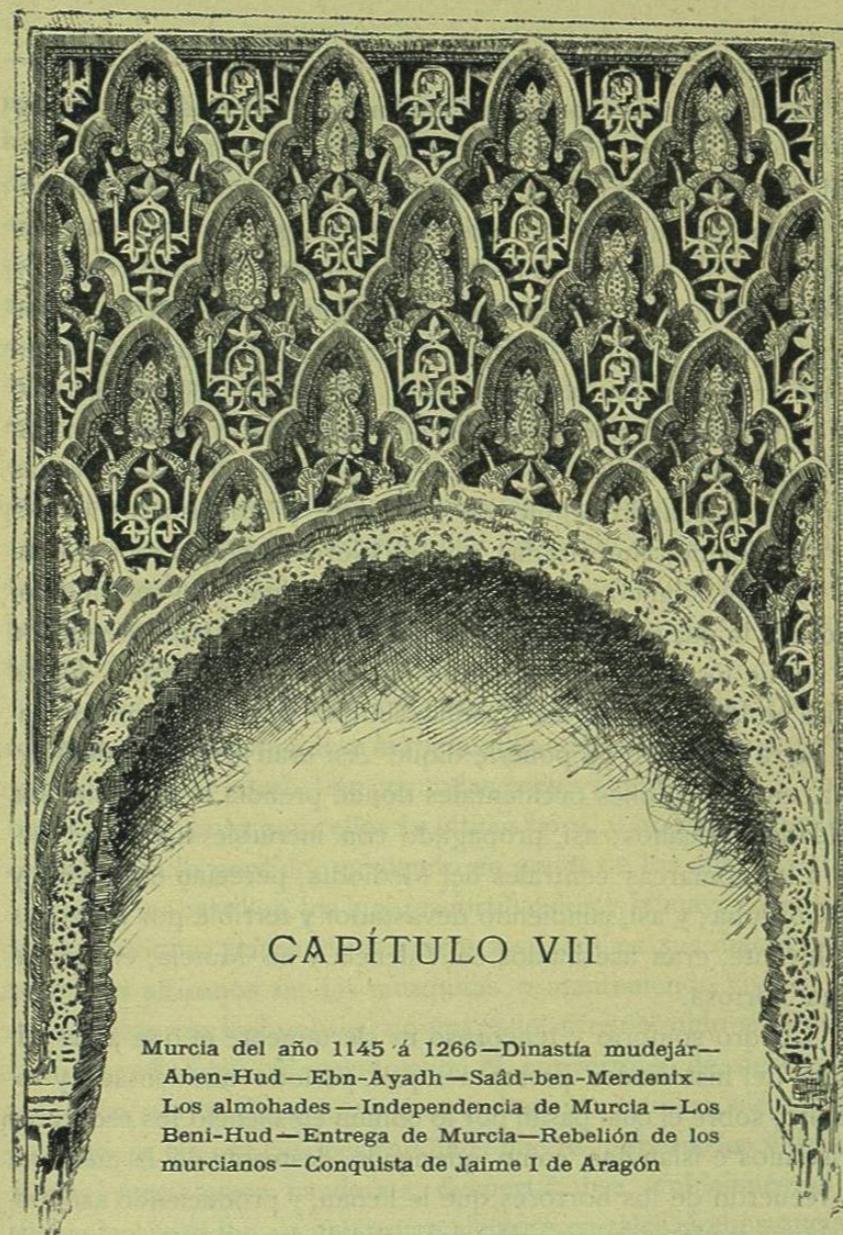
Atento don Alfonso Raymúndez al interés de la república, había mirado con particular predilección desde los primeros días de su feliz reinado á los musulmanes de las poblaciones y de las villas de sus dilatados dominios, captándose sus simpatías y su respeto (1); fruto fué de conducta semejante «el que cundiese entre los musulimes cierto espíritu de propaganda de dominación castellana y española contra las vejaciones de los almoravides africanos» y sobre todo, como el más expresivo, el que el anti-

(1) FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ: *Los mudejares de Castilla*, pág. 63.

guo régulo de Zaragoza Saif-ud-Dauláh-ebn-Hud, reducido al señorío de Rueda, hiciese en 534 (1140) entrega de aquella ciudad al glorioso Emperador, quien después de armarle en Toledo caballero, le concedía el puesto de alguacil de los mudejares, *zalmedina* (*ssáhib-al-medina*) ó presidente de la aljama ó comunidad toledana. Con Alfonso VII, invadía los dominios andaluces hasta Jerez y Cádiz, y á su servicio producía terribles estragos en la tierra, aprovechando la inacción de los almoravides; y como la guerra, más que guerra religiosa entre cristianos y musulmes, había tomado el carácter de nacional, de españoles contra africanos, cuando Aben-Hud recorría triunfante las comarcas andaluzas, invitábanle los musulmes «á que con el favor de los cristianos les librase de los almoravides, hecha promesa de pagar al soberano de Castilla mayores parias que las que habían pagado sus padres, y de servir lealmente á Aben-Hud y sus hijos.» «Contestóles Aben-Hud, después de comunicado negocio tan importante con el rey de Castilla y oído por don Alfonso el consejo de sus magnates, que trabajaran aquellos en apoderarse de castillos y lugares fuertes, seguros de que, movida la guerra, no faltaría por su parte el emperador en acudir con poderoso ejército» (1).

No otra era la situación de los musulmanes, cuando vengaba Alfonso VII la muerte del alcaide de Peña Negra y penetraba por tierra de Murcia hasta Almería: aterrados los moradores de aquellas comarcas, ofrecíanle «de nuevo los tributos pagados por sus mayores,» haciendo entonces «segunda invitación á Aben-Hud, su compatriota, para que los dirigiese y amparase.» Veamos ya, cuál era al fin el fruto que recogía sagaz el emperador de la política por él inaugurada con tal fortuna, y cuál hubo de ser el término de aquella lucha entablada entre españoles y africanos.

(1) FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ: *Op. cit.*, pág. 64.



CAPÍTULO VII

Murcia del año 1145 á 1266—Dinastía mudejár—
Aben-Hud—Ebn-Ayadh—Saád-ben-Merdenix—
Los almohades—Independencia de Murcia—Los
Beni-Hud—Entrega de Murcia—Rebelión de los
murcianos—Conquista de Jaime I de Aragón

LEGADO era el año 540 de la Hégira (1145 de J. C.), cuando, largo tiempo acumulado y comprimido, aquel odio insuperable é invencible, odio de raza, profundo y enconado, que abrigaban contra los africanos almoravides los musulmanes españoles, estallaba con terrible estruendo en pavorosa y univer-